

En busca del mundo perdido (¿El declive de la comunidad o el auge de comunidades personales?)

Isidro Maya Jariego
Universidad de Sevilla, España

ROBERT D. PUTNAM, *Bowling alone. The collapse and revival of American community*. (New York, Simon and Schuster, 2000, 541 páginas).

En la década de los noventa, los propietarios de boleras en Estados Unidos estaban preocupados por un descenso de sus ingresos. Pero no tenían constancia de que se hubiese producido una disminución de su clientela. Por eso decidieron encargar un estudio para desentrañar las razones de la inesperada pérdida de recursos. Los datos confirmaron que el juego de bolos no estaba en declive. De hecho, en los últimos años había aumentado el número de jugadores: en concreto, entre 1980 y 1993 se había incrementado en un 10 por ciento. Lo que sí estaba en franco descenso era el número de ligas de bolos, que había caído en un 40 por ciento. Y este último hecho resultaba especialmente significativo para los investigadores, pues los consumidores comen y beben más en la bolera cuando están en grupo que cuando juegan solos.

Esta anécdota podría quedar para los anales de la investigación aplicada como un caso más de indagación "resuelto". Sin embargo, Robert Putnam la recupera para titular su libro, porque a su juicio es un símbolo de la evolución de la sociedad norteamericana. El juego de bolos es uno de los deportes más extendidos en Estados Unidos, y es razonable pensar que refleja a pequeña escala la transformación que están experimentando los patrones de sociabilidad en Norteamérica. A los propietarios de boleras probablemente les baste con saber que dichos cambios les hacen perder dinero. Pero la opinión del politólogo americano es que las consecuencias de más largo alcance tienen que ver con la pérdida de capital social. A lo largo del libro, se pretende demostrar que el repliegue del individuo sobre el

ámbito privado y el descenso de la participación en organizaciones civiles estarían minando el desarrollo de normas de confianza y reciprocidad generalizadas. Veamos la argumentación detenidamente.

La visita de Alexis de Tocqueville a Norteamérica en 1831 es el punto de partida obligado de cualquier reflexión informada sobre la implicación comunitaria. El pensador francés puso de manifiesto la relevancia de una sociedad civil fuerte, activa y organizada para la consolidación de la democracia. Con términos tales como "*confianza*" (*trust*) o capital social, las ciencias sociales están en gran medida recuperando la tesis original de Tocqueville que pone en relación la participación comunitaria con el desarrollo de determinados "*hábitos del corazón*" pro-sociales. Es el caso del propio Robert Putnam, que antes de embarcarse en la redacción de esta obra dedicó 20 años a estudiar el gobierno local en Italia¹. Con un trabajo exhaustivo de comparación de las regiones del norte y el sur italianos, sostiene que la confianza es una especie de "*lubricante*" para la cooperación social, y que en cierto modo puede colegirse que la democracia *depende* del capital social.

Según el autor, el libro que comentamos no hace más que extender a la América contemporánea las implicaciones de las tesis ya contrastadas en el caso italiano (pág. 505). *Bowling alone* es un esfuerzo por demostrar empíricamente la disminución del capital social en Estados Unidos en la segunda mitad del siglo veinte. Para ello se sirve fundamentalmente de dos series temporales de encuestas representativas de la población norteamericana, con las que se examinan tendencias políticas y sociales, y cambios en el estilo de vida, a lo largo de los últimos veinticinco años². Capítulo tras capítulo, y utilizando una pléyade de indicadores específicos, pasa revista al estado de la participación política, el asociacionismo, el voluntariado, los lazos informales, la implicación en grupos religiosos, etcétera.

Los resultados son concluyentes. Parece que mediada la década de los 60 se produce un punto de inflexión a partir del cual se observa un declive progresivo en todos los indicadores de actividad cívica. Por ejemplo, en ese período disminuye el porcentaje de votantes, la asistencia a mítines, y la colaboración con partidos políticos. Cada vez es menor el contacto con los vecinos, la implicación de los padres en las actividades de la escuela, o

la formación de hermandades. También se ven reducidas la afiliación a sindicatos, la participación en asociaciones voluntarias, y el número de organizaciones femeninas tradicionales. En suma, el americano promedio se ha vuelto más desconectado socialmente y más alejado de la vida comunitaria.

Todos estos cambios -ya lo hemos dicho-, tienen su expresión negativa en términos de vitalidad democrática. Pero Robert Putnam analiza también las repercusiones que tienen en el plano personal y comunitario. Los estudios sobre calidad de vida han documentado de manera repetida una asociación positiva entre el bienestar material y el bienestar subjetivo. Con datos del último cuarto de siglo, Putnam obtiene que los lazos sociales son el mejor predictor de la satisfacción con la vida. Por ejemplo, estar casado es el equivalente de cuadruplicar los ingresos, mientras que asistir regularmente a los encuentros de un club social tiene el mismo efecto estadístico que duplicarlos (pág. 333). Como contrapartida, la pérdida de capital social se relaciona con peores resultados educativos, embarazos adolescentes, suicidios, mortalidad perinatal, incremento de las tasas de delincuencia, etcétera.

Las evidencias empíricas a las que recurre en apoyo de sus tesis son apabullantes. Dedicó ocho capítulos a documentar los cambios en la participación comunitaria en Norteamérica (págs. 29 a 180); seis a valorar los factores que han podido incidir en dicha evolución (págs. 181 a 284); y otros siete a analizar las consecuencias de la pérdida de capital social (págs. 285 a 363). Con esas credenciales, queda claro que -pese a un estilo de presentación de resultados más próximo al ensayo- el fondo del argumento corresponde al acopio de investigación académica de corte clásico. A ese respecto, la obra cumple sobradamente con las servidumbres del género: la preocupación metodológica se expresa en la triangulación de las fuentes de información, y en un cuidadoso control estadístico a la hora de examinar los factores antecedentes y las consecuencias. Pero la piedra de toque está en el uso de dos bases de datos que proporcionan información válida y fiable con suficiente continuidad temporal³. El peso del argumento reside en que con esos mimbres se observe tal consistencia en las tendencias políticas y sociales.

Sin embargo, desde que un avance de estos resultados viera la luz en 1995⁴ las conclusiones han sido puestas en cuestionamiento. Como se puede leer en un apéndice del libro, el público general suele asumir que los datos coinciden con su propia experiencia, mientras que el debate académico empieza habitualmente por poner en duda la premisa mayor (pág. 509). Concretamente, en respuesta a *Bowling Alone* se han sacado a la palestra tendencias que contradicen la idea del declive comunitario: ¿Acaso no están en auge los grupos ecologistas? ¿No está experimentando un crecimiento exponencial el Tercer Sector? ¿No proporciona Internet un nuevo contexto para las redes ciudadanas? ¿No se está produciendo una extensión progresiva del movimiento de auto-ayuda? En otras palabras: quizá los cambios de la sociedad civil consistan meramente en la substitución de viejos actores por otros nuevos.

No es ese el desenlace que nos depara el autor, sino que va desestimando cada una de tales objeciones, por entender que no son comparables a las formas comunitarias tradicionales. Es cierto que ha aumentado el número de organizaciones sin ánimo de lucro y han crecido en número los afiliados a los grupos feministas, a la asociación nacional para el medio ambiente o a la asociación de jubilados. Pero este tipo de asociaciones apenas dan lugar a encuentros cara a cara entre sus miembros, y todo lo más comparten símbolos o valores comunes, pero no lazos interpersonales. Por eso, pese a su importancia política, no son tan productivas en términos de capital social. También se ha desarrollado de manera notable el movimiento de auto-ayuda, con la proliferación de pequeños grupos de apoyo mutuo. Pero estos grupos generan una obligación débil entre los miembros, y no son comparables a las agrupaciones civiles tradicionales. Los participantes asisten cuando lo desean, e intervienen si les apetece, sin generar el nivel de compromiso de las relaciones familiares o comunitarias⁵.

Probablemente, en este punto Putnam no esté extrayendo todas las implicaciones que podrían derivarse de estas "*contra-tendencias*". Una manera de entender los cambios consiste, efectivamente, en pensar que estamos asistiendo a la desaparición de las formas de vida comunitaria significativas. Pero también cabe concebir que la comunidad no se destruye, sino que se transforma de acuerdo con los nuevos patrones de sociabilidad.

En ese sentido apuntan quienes ponen el acento en el auge del individualismo: el nuevo sistema de relaciones estaría centrado en el individuo, pero esto no significa necesariamente la desaparición de los grupos o las comunidades. Podemos ilustrar esta idea con un estudio ejemplar sobre los cambios de las normas sociales. Un grupo de investigadores holandeses recopiló fotografías de jóvenes miembros de tribus urbanas de las décadas de los 80 y los 90, y pidieron a una serie de observadores que las clasificaran de acuerdo con el grupo de pertenencia. Las imágenes del primer período permitían fácilmente a los participantes reconocer qué individuos correspondían al movimiento *Punk*, cuáles eran *Skinheads*, etcétera. Entre las más recientes, sin embargo, la variedad de indumentaria dentro de cada grupo era mayor, y menos claras las fronteras entre categorías. Es decir, el cliché de cada colectivo había experimentado un proceso de personalización -los conglomerados se habían vuelto menos definidos-, pero (de otro modo) subsistían formas grupales dadoras de identidad.

Una de las propuestas más elaboradas sobre la nueva sociabilidad corresponde a Barry Wellman, que ha sugerido el concepto de "*individualismo en red*" (*networked individualism*). Para Wellman, las comunidades son "*redes de lazos interpersonales que proporcionan sociabilidad, apoyo, información, sentido de pertenencia e identidad social*"⁶. Eso significa que las comunidades no sólo se encuentran en los vecindarios y los pueblos, y que la localización espacial va perdiendo peso en la formación de las mismas. De hecho, cada individuo opera en múltiples redes de familiares, vecinos, amigos, compañeros de trabajo, hasta el punto de que se puede hablar de la constitución de "*comunidades personales*". En nuestra opinión, este punto de vista permite dar cuenta de los cambios recientes sin tener que recurrir a una noción idealizada de comunidad, recreada en una generación pasada.

Sea como fuere, la virtud de *Bowling Alone* está en haber documentado empíricamente el fenómeno, y en la eficacia con la que ha introducido la construcción de capital social en la agenda política Norteamericana. Después de 500 páginas, queda claro que la vida comunitaria se vio afectada en la segunda mitad del siglo veinte. Y que en esa transformación jugaron un papel clave la entrada de la mujer en el

mercado de trabajo, la movilidad geográfica, la disminución del número de matrimonios, y la transformación tecnológica del tiempo libre, por mencionar algunos de los factores más significativos⁷. Por eso parece de todo punto oportuno que Putnam cierre el libro alentando a la formulación de un nuevo contrato social en el que cimentar el bien común. Un contrato, añadimos nosotros, en el que habrá que saber asumir la tensión esencial entre individuo y comunidad.

NOTAS

1. El estudio pone de manifiesto que la cultura cívica se ha desarrollado más en regiones como Emilia Romagna o Lombardía (en el norte), que en regiones como Sicilia o Puglia (en el sur). La comparación recurre a datos como el porcentaje de votantes, la lectura de periódicos o incluso la participación en clubes de fútbol, para apoyar la idea de que las redes de organizaciones civiles son un requisito previo de la modernización económica. Además, la cultura cívica también guarda relación con un gobierno local eficaz. La referencia del estudio es: Putnam, R. D. (1993). *Making Democracy Work: Civic Traditions in Italy*. Princeton: Princeton University Press.

2. Las dos fuentes básicas son las encuestas: *Roper Social and Political Trends*, y *DDB Needham Life Style*.

3. Las dos encuestas longitudinales que hemos citado proporcionan datos detallados y comparables a lo largo de 25 años, y ahí reside gran parte del valor metodológico del estudio. Sin embargo, se ha criticado el hecho de que Putnam no tenga en cuenta en sus análisis estadísticos la distinción entre factores micro y macro-sociales.

En cualquier caso, el tema que ha concitado más discusión de carácter metodológico ha sido el papel que Putnam atribuye a la Televisión (y más tarde al uso de Internet) en el declive de la implicación cívica. Para conocer los argumentos en contra de las tesis de Putnam, véase por ejemplo: Uslaner, E. M. (2000). Social capital and the net. *Communications of the ACM*, 43 (12), 60-65.

4. Los argumentos fundamentales del libro fueron presentados de manera resumida en un artículo cinco años antes: Putnam, R. D. (1995). Bowling Alone: America's Declining Social Capital, *Journal of Democracy*, 6 (1), 65-78.

5. Extendiendo esta argumentación, las redes ciudadanas mediadas por ordenador no generan el capital social que se produce en encuentros cara a cara, y la expansión del Tercer Sector obedece en parte a razones de carácter económico.

6. Wellman, B. (2001). Physical Place and Cyberplace: the rise of networked individualism. *International Journal of Urban and Regional Research*, 1.

7. Según los análisis, la sucesión generacional es un factor crucial (de hecho, el que tiene mayor potencia explicativa). La Segunda Guerra Mundial parece haber influido en los valores y hábitos sociales determinantes de la participación cívica. Podríamos preguntarnos, siguiendo esta lógica, si el 11 de septiembre podría constituir un punto de inflexión para la renovación de la implicación cívica en Estados Unidos.